

Trabajo Práctico N° 4

Tema: *El gaucho Martín Fierro* (cantos VII y IX) y *La vuelta de Martín Fierro* (canto XI).

El gaucho Martín Fierro

El gaucho Martín Fierro decide contar el comienzo de sus desgracias. Recuerda la época en que vivía en su rancho con su mujer e hijos, y era feliz pese a los duros trabajos que realizaba para subsistir. Pero un día en que se encontraba en la pulperia, un juez de Paz lo recluta a la fuerza y lo envía a la frontera. Luego de tres años, logra huir del fortín y regresar al pago. Allí encuentra abandonado su rancho y descubre que su mujer se ha ido con otro hombre y que sus hijos trabajan en una estancia como peones.

Sin familia, ni rancho, ni dinero, una noche se entera de un baile y, desolado, decide ir. Al ver entrar a una mujer morena con su pareja, le hace una chanza. La mulata se ofende y Fierro termina trenzado en duelo con el compañero de la mujer, a quien mata. Convertido en gaucho desertor y matrero, se ve obligado a escapar de la justicia y refugiarse en la pampa.

IX

Pelea con la partida policial.

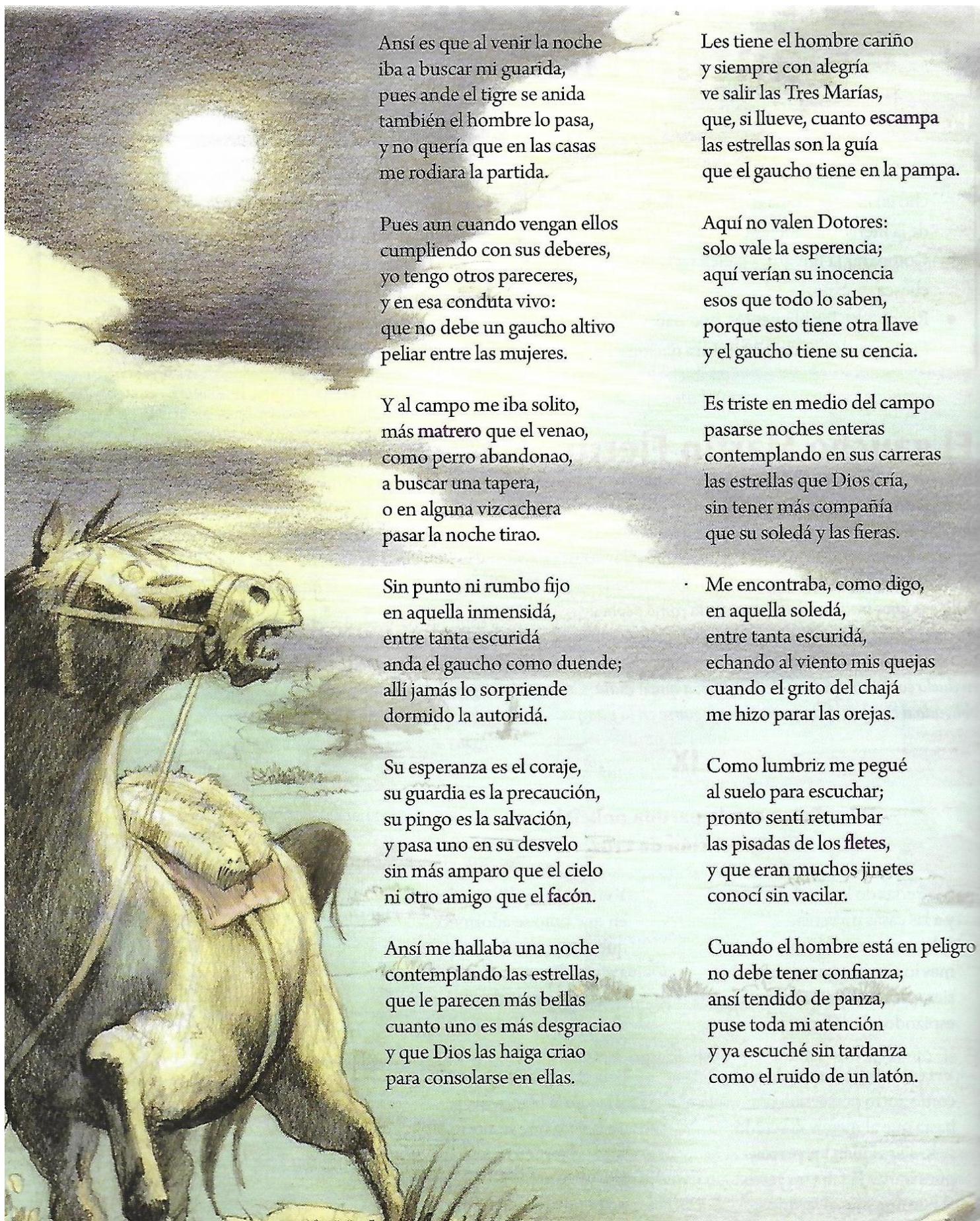
Intervención de Cruz.

Matreriando lo pasaba
y a las casas no venía;
solía arrimarme de día,
mas lo mismo que el carancho
siempre estaba sobre el rancho
espiando a la policía.

Viva el gaucho que ande mal
como zorro perseguido,
hasta que al menor descuido
se lo atarasquen los perros,
pues nunca le falta un yerro
al hombre más alvertido.

Y en esa hora de la tarde
en que tuito se adormece,
que el mundo dentrar parece
a vivir en pura calma,
con las tristezas de su alma
al pajonal enderiese.

Bala el tierno corderito
al lao de la blanca oveja,
y a la vaca que se aleja
llama el ternero amarrao;
pero el gaucho desgraciao
no tiene a quién dar su queja.



Ansí es que al venir la noche
iba a buscar mi guarida,
pues ande el tigre se anida
también el hombre lo pasa,
y no quería que en las casas
me rodiara la partida.

Pues aun cuando vengan ellos
cumpliendo con sus deberes,
yo tengo otros pareceres,
y en esa conduta vivo:
que no debe un gaucho altivo
peliar entre las mujeres.

Y al campo me iba solito,
más matrero que el venao,
como perro abandonao,
a buscar una tapera,
o en alguna vizcachera
pasar la noche tiraó.

Sin punto ni rumbo fijo
en aquella inmensidá,
entre tanta escuridá
anda el gaucho como duende;
allí jamás lo sorprende
dormido la autoridá.

Su esperanza es el coraje,
su guardia es la precaución,
su pingo es la salvación,
y pasa uno en su desvelo
sin más amparo que el cielo
ni otro amigo que el facón.

Ansí me hallaba una noche
contemplando las estrellas,
que le parecen más bellas
cuanto uno es más desgraciao
y que Dios las haiga criao
para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño
y siempre con alegría
ve salir las Tres Marías,
que, si llueve, cuanto escampa
las estrellas son la guía
que el gaucho tiene en la pampa.

Aquí no valen Dotores:
solo vale la esperencia;
aquí verían su inocencia
esos que todo lo saben,
porque esto tiene otra llave
y el gaucho tiene su cencia.

Es triste en medio del campo
pasarse noches enteras
contemplando en sus carreras
las estrellas que Dios cría,
sin tener más compañía
que su soledá y las fieras.

Me encontraba, como digo,
en aquella soledá,
entre tanta escuridá,
echando al viento mis quejas
cuando el grito del chajá
me hizo parar las orejas.

Como lumbriz me pegué
al suelo para escuchar;
pronto sentí retumbar
las pisadas de los fletes,
y que eran muchos jinetes
conocí sin vacilar.

Cuando el hombre está en peligro
no debe tener confianza;
ansí tendido de panza,
puso toda mi atención
y ya escuché sin tardanza
como el ruido de un latón.

Se venían tan calladitos
que yo me puse en cuidao;
tal vez me hubieran bombiao
y me venían a buscar;
mas no quise disparar,
que eso es de gaucho morao.

Al punto me santigüé
y eché de giñebra un taco,
lo mesmito que el mataco
me arrollé con el porrón:
“Si han de darme pa tabaco”,
dije, “esta es güena ocasión”.

Me refalé las espuelas,
para no peliar con grillos,
me arremangué el calzoncillo
y me ajusté bien la faja
y en una mata de paja
probé el filo del cuchillo.

Para tenerlo a la mano
el flete en el pasto até,
la cincha le acomodé,
y en un trance como aquel,
haciendo espaldas en él
quietito los aguardé.

Cuando cerca los sentí,
y que ahí no más se pararon,
los pelos se me erizaron,
y aunque nada vían mis ojos,
“No se han de morir de antojo”
les dije cuanto llegaron.

Yo quise hacerles saber
que allí se hallaba un varón;
les conocí la intención
y solamente por eso
fue que les gané el tirón,
sin aguardar voz de preso.

“Vos sos un gaucho matrero”,
dijo uno, haciendo el güeno.
“Vos matasteis un moreno
y otro en una pulperia,
y aquí está la polecía
que viene a justar tus cuentas;
te va a alzar por las cuarenta
si te resistís hoy día”.

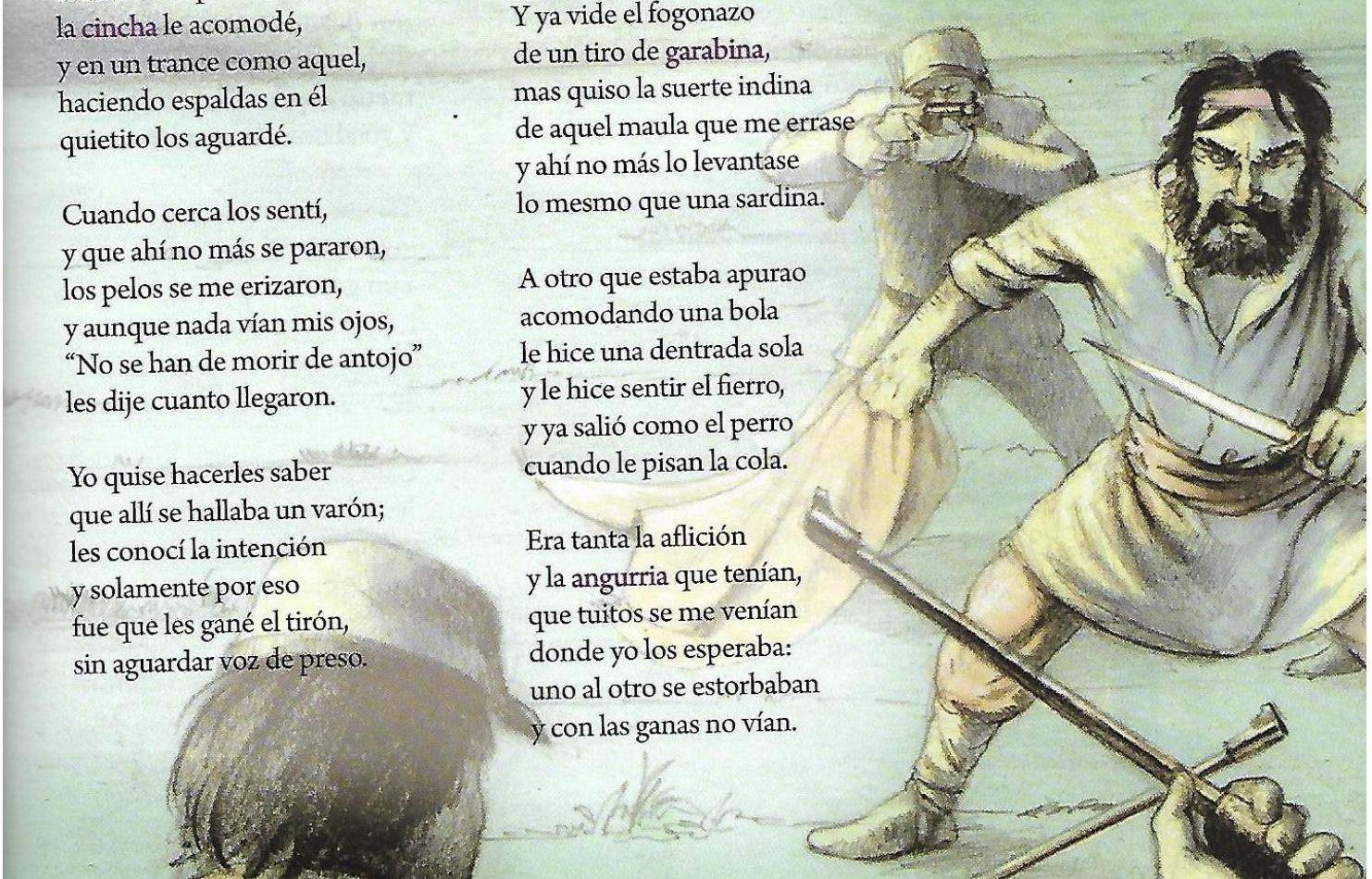
“No me vengan”, contesté,
“con relación de dijuntos:
esos son otros asuntos;
vean si me pueden llevar,
que yo no me he de entregar
aunque vengan todos juntos”.

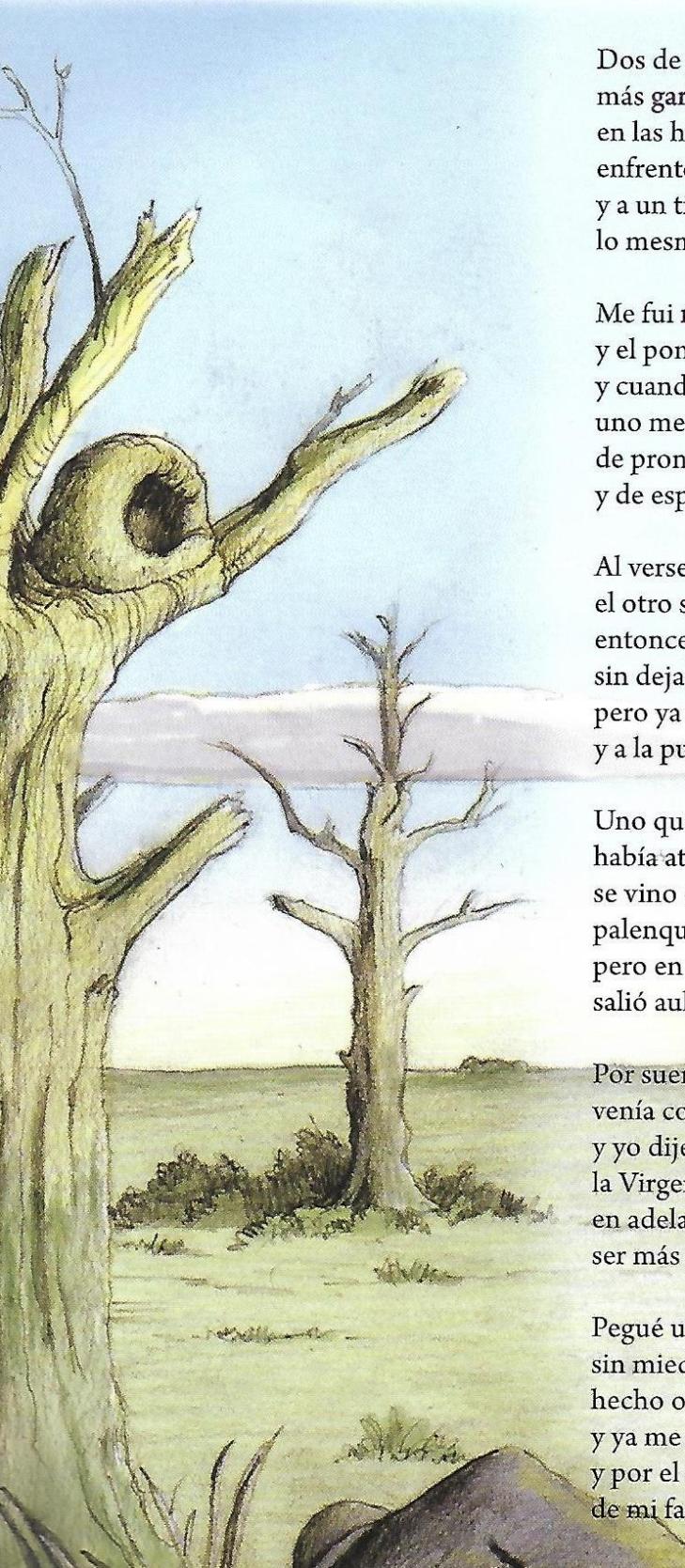
Pero no aguardaron más
y se apiaron en montón;
como a perro cimarrón
me rodaron entre tantos;
yo me encomendé a los santos
y eché mano a mi facón.

Y ya vide el fogonazo
de un tiro de garabina,
mas quiso la suerte indina
de aquel maula que me errase
y ahí no más lo levantase
lo mismo que una sardina.

A otro que estaba apurao
acomodando una bola
le hice una dentrada sola
y le hice sentir el fierro,
y ya salió como el perro
cuando le pisan la cola.

Era tanta la aflición
y la angurria que tenían,
que tuitos se me venían
donde yo los esperaba:
uno al otro se estorbaban
y con las ganas no vián.





Dos de ellos que traiban sables,
más garifos y resueltos,
en las hilachas envueltos
enfrente se me pararon,
y a un tiempo me atropellaron
lo mismo que perros sueltos.

Me fui reculando en falso
y el poncho adelante eché
y cuando le puso el pié
uno medio chapetón,
de pronto le di el tirón
y de espaldas lo largué.

Al verse sin compañero
el otro se sofrenó;
entonces le dentré yo,
sin dejarlo resollar,
pero ya empezó a aflojar
y a la pun... ta disparó.

Uno que en una tacuara
había atao una tijera,
se vino como si juera
palenque de atar terneros,
pero en dos tiros certeros
salió aullando campo ajuera.

Por suerte en aquel momento
venía coloriendo el alba
y yo dije "si me salva
la Virgen en este apuro,
en adelante le juro
ser más güeno que una malva".

Pegué un brinco y entre todos
sin miedo me entreveré;
hecho ovillo me quedé
y ya me cargó una yunta,
y por el suelo la punta
de mi facón les jugué.

El más engolosinao
se me apió con un hachazo;
se lo quité con el brazo,
de no, me mata los piojos;
y antes de que diera un paso
le eché tierra entre los ojos.

Y mientras se sacudía
refregándose la vista,
yo me le fui como lista
y áhi no más me le afirmé
diciéndole: "Dios te asista"
y de un revés lo voltié.

Pero en ese punto mesmo
sentí que por las costillas
un sable me hacía cosquillas
y la sangre se me heló.
Dende ese momento yo
me salí de mis casillas.

Dí para atrás unos pasos
hasta que pude hacer pié,
por delante me lo eché
de punta y tajos a un criollo;
metió la pata en un hoyo
y yo al hoyo lo mandé.

Tal vez en el corazón
lo tocó un Santo Bendito
a un gaucho, que pegó el grito
y dijo: "¡Cruz no consiente
que se cometa el delito
de matar así a un valiente!".

Y áhi no más se me aparió,
dentrándole a la partida;
yo les hice otra embestida
pues entre dos era robo,
y el Cruz era como lobo
que defiende su guarida.

Uno despachó al infierno
de dos que lo atropellaron,
los demás remolinaron,
pues íbamos a la fija,
y a poco andar dispararon
lo mismo que sabandija.

Ahí quedaban largo a largo
los que estiraron la jeta,
otro iba como maleta,
Y Cruz de atrás les decía:
“Que venga otra polecía
a llevarlos en carreta”.

Yo junté las osamentas,
me hinqué y les recé un bendito;
hice una cruz de un palito,
y pedí a mi Dios clemente
me perdonara el delito
de haber muerto tanta gente.

Dejamos amontonaos
a los pobres que murieron;
no sé si los recogieron,
porque nos fimos a un rancho,
o si tal vez los caranchos
ahí no más se los comieron..

Lo agarramos mano a mano
entre los dos al porrón;
en semejante ocasión
un trago a cualquiera encanta,
y Cruz no era remolón
ni pijotaba garganta.

Calentamos los gargueros
y nos largamos muy tiesos,
siguiendo siempre los besos
al pichel, y por más señas,
íbamos como cigüeñas
estirando los pescuezos.

“Yo me voy”, le dije, “amigo,
donde la suerte me lleve,
y si es que alguno se atreve
a ponerse en mi camino,
yo seguiré mi destino,
que el hombre hace lo que debe”.

“Soy un gaucho desgraciado,
no tengo dónde ampararme,
ni un palo donde rascarme,
ni un árbol que me cubiere;
pero ni aun esto me aflige,
porque yo sé manejarme”.

“Antes de caer al servicio,
tenía familia y hacienda,
cuando volví, ni la prenda
me la habían dejado ya:
Dios sabe en lo que vendrá
a parar esta contienda”.

HERNÁNDEZ, JOSÉ.

Martín Fierro. Buenos Aires,
Alfaguara, 2006. Fragmento.

GLOSARIO

yerro. Equivocación o descuido.

matrero. Fugitivo y astuto.

facón. Cuchillo grande, recto y puntiagudo.

escampar. Dejar de llover.

flete. Caballo brioso, ligero y resistente.

morao. Flojo, cobarde.

taco. Trago de una bebida alcohólica.

mataco. Aborigen perteneciente a un
pueblo originario de la región del Chaco.

refalar. Quitarle algo.

cincha. Faja de lana o cuero con que se
asegura la silla sobre la cabalgadura.

cimarrón. Salvaje, hurano.

garabina. Carabina, rifle.

angurria. Hambre desmedida.

garifos. Osados, provocativos.

reular. Retroceder.

chapetón. Novicio, inexperto.

tacuara. Caña gigante.

yunta. Pareja de personas.

ir a la fija. Ir a lo seguro.

sabandija. Persona despreciable.

carancho. Ave parduzca que se alimenta
de animales muertos.

pichel. Porrón, botella.



La vuelta de Martín Fierro

Conscientes de que serán perseguidos por el enfrentamiento con la partida, Fierro y Cruz deciden huir juntos al desierto para vivir entre los indígenas. Al inicio de "La vuelta", ya se encuentran en las tolderías mapuches. Allí, Cruz muere de viruela y Fierro conoce a una mujer criolla, prisionera de la tribu, que es maltratada. Luego de un enfrentamiento con un aborigen en el que este muere, huye con la "cautiva", a quien deja a salvo en una estancia. Nuevamente solo, sigue camino hasta que accidentalmente encuentra a sus hijos.

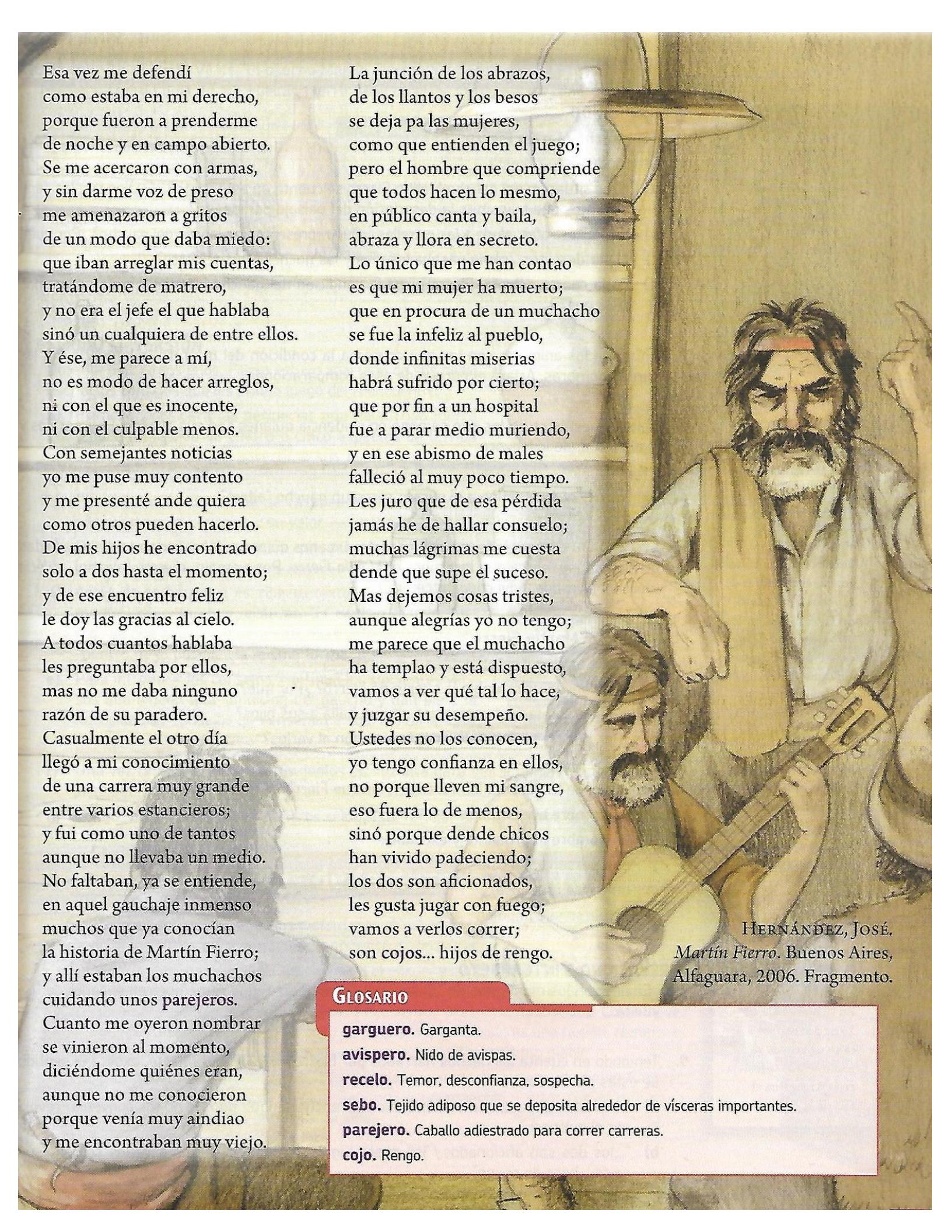
XI

Refiere en qué circunstancias encontró a sus dos hijos.



Y mientras que tomo un trago
pa refrescar el garguero,
y mientras tiempla el muchacho
y prepara su estrumento,
les contaré de qué modo
tuvo lugar el encuentro.
Me acerqué a algunas estancias
por saber algo de cierto,
creyendo que en tantos años
esto se hubiera compuesto;
pero cuanto saqué en limpio
fue que estábamos lo mismo.
Ansí me dejaba andar
haciéndome el chancho rengo,
porque no me convenía
revolver el avispero;
pues no inorarán ustedes
que en cuentas con el gobierno
tarde o temprano lo llaman
al pobre a hacer el arreglo.
Pero al fin tuve la suerte
de hallar un amigo viejo,
que de todo me informó,
y por él supe al momento
que el juez que me perseguía
hacía tiempo que era muerto.
Por culpa suya he pasado
diez años de sufrimiento,
y no son pocos diez años
para quien ya llega a viejo.
Y los he pasado ansí,
si en mi cuenta no me yerro:
tres años en la frontera,

dos como gaucho matrero,
y cinco allá entre los indios
hacen los diez que youento.
Me dijo, a más, ese amigo
que anduviera sin receño,
que todo estaba tranquilo,
.que no perseguía el gobierno;
que ya naides se acordaba
de la muerte del moreno,
aunque si yo lo maté
mucha culpa tuvo el negro.
Estuve un poco imprudente,
puede ser, yo lo confieso,
pero él me precipitó
porque me cortó primero;
y a más me cortó en la cara
que es un asunto muy serio.
Me aseguró el mesmo amigo
que ya no había ni el recuerdo
de aquel que en la pulperia
lo dejé mostrando el sebo.
Él, de engreído me buscó,
yo ninguna culpa tengo;
él mismo vino a pelarme,
y tal vez me hubiera muerto
si le tengo más confianza
o soy un poco más lerdo;
fue suya toda la culpa,
porque ocasionó el suceso.
Que ya no hablaban tampoco,
me lo dijo muy de cierto,
de cuando con la partida
llegué a tener el encuentro.



Esa vez me defendí
como estaba en mi derecho,
porque fueron a prenderme
de noche y en campo abierto.
Se me acercaron con armas,
y sin darme voz de preso
me amenazaron a gritos
de un modo que daba miedo:
que iban arreglar mis cuentas,
tratándome de matrero,
y no era el jefe el que hablaba
sinó un cualquiera de entre ellos.
Y ése, me parece a mí,
no es modo de hacer arreglos,
ni con el que es inocente,
ni con el culpable menos.
Con semejantes noticias
yo me puse muy contento
y me presenté ande quiera
como otros pueden hacerlo.
De mis hijos he encontrado
solo a dos hasta el momento;
y de ese encuentro feliz
le doy las gracias al cielo.
A todos cuantos hablaba
les preguntaba por ellos,
mas no me daba ninguno
razón de su paradero.
Casualmente el otro día
llegó a mi conocimiento
de una carrera muy grande
entre varios estancieros;
y fui como uno de tantos
aunque no llevaba un medio.
No faltaban, ya se entiende,
en aquel gauchaje inmenso
muchos que ya conocían
la historia de Martín Fierro;
y allí estaban los muchachos
cuidando unos parejeros.
Cuanto me oyeron nombrar
se vinieron al momento,
diciéndome quiénes eran,
aunque no me conocieron
porque venía muy aindiao
y me encontraban muy viejo.

La junción de los abrazos,
de los llantos y los besos
se deja pa las mujeres,
como que entienden el juego;
pero el hombre que comprende
que todos hacen lo mismo,
en público canta y baila,
abraza y llora en secreto.
Lo único que me han contao
es que mi mujer ha muerto;
que en procura de un muchacho
se fue la infeliz al pueblo,
donde infinitas miserias
habrá sufrido por cierto;
que por fin a un hospital
fue a parar medio muriendo,
y en ese abismo de males
falleció al muy poco tiempo.
Les juro que de esa pérdida
jamás he de hallar consuelo;
muchas lágrimas me cuesta
dende que supe el suceso.
Mas dejemos cosas tristes,
aunque alegrías yo no tengo;
me parece que el muchacho
ha templao y está dispuesto,
vamos a ver qué tal lo hace,
y juzgar su desempeño.
Ustedes no los conocen,
yo tengo confianza en ellos,
no porque lleven mi sangre,
eso fuera lo de menos,
sinó porque dende chicos
han vivido padeciendo;
los dos son aficionados,
les gusta jugar con fuego;
vamos a verlos correr;
son cojos... hijos de rengo.

HERNÁNDEZ, JOSÉ.
Martín Fierro. Buenos Aires,
Alfaguara, 2006. Fragmento.

GLOSARIO

garguero. Garganta.

avispero. Nido de avispas.

recelo. Temor, desconfianza, sospecha.

sebo. Tejido adiposo que se deposita alrededor de vísceras importantes.

parejero. Caballo adiestrado para correr carreras.

cojo. Rengo.

ACTIVIDADES



SOBRE EL AUTOR

José Hernández (1834-1886) fue poeta, periodista, soldado y político. Vivió en el campo, donde tomó contacto con las costumbres de gauchos e indígenas. En 1869 fundó, entre otros, el diario *El Río de la Plata*, en cuyas columnas defendió a los gauchos. Como militar, actuó en varias batallas y luchó junto a López Jordán en Entre Ríos. Debido a los continuos enfrentamientos civiles, se exilió. En 1872 pudo volver al país y, meses después, la imprenta La Pampa editó *El gaucho Martín Fierro*. Su inesperado éxito lo llevó, en 1879, a continuarlo con *La vuelta de Martín Fierro*. En su homenaje, el 10 de noviembre (aniversario de su nacimiento) se festeja en la Argentina el Día de la Tradición.

COMPRENDO

“El gaucho Martín Fierro”

1. Respondé en tu carpeta.
 - a) ¿Qué situación del gaucho Martín Fierro se cuenta en este canto? ¿Cuáles son los sentimientos que transmite la descripción del paisaje pampeano?
 - b) En tres estrofas, alude a las estrellas. ¿Qué representan en la vida del gaucho? ¿Por qué?
 - c) Al ser desertor, ¿cómo pasaba los días y las noches Martín Fierro?
 - d) En la cuarta estrofa, Fierro juzga la condición del gaucho inferior a la de un animal. ¿Por qué?
2. Enumerá los animales con los que compara la condición del matrero, a la policía y a los demás hombres. Aclará el porqué de esas comparaciones.
3. Releé las estrofas en las que se pone en evidencia quiénes son sus aliados. Enumeralos y explicá cuándo los invoca.
4. Explicá por qué se define a sí mismo como un gaucho “altivo”.
5. Escribí en tu carpeta la forma estándar de al menos quince palabras propias de la variedad de lengua gauchesca que incorpora el *Martín Fierro*. Por ejemplo: *mesmo* (mismo), *polecía* (policía), *alvertido* (advertido), etcétera.

“La vuelta de Martín Fierro”

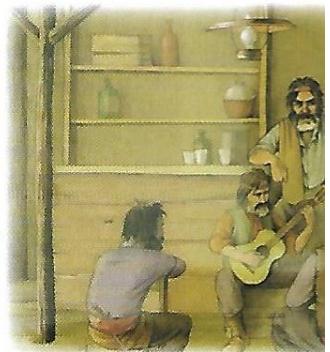
6. Respondé en tu carpeta.
 - a) ¿Qué encuentro cambia la suerte de Fierro? ¿Por qué?
 - b) ¿Cuáles son las circunstancias en que halla a sus hijos?
 - c) ¿Por qué no se deja llevar por la emoción al verlos?
7. Transcribí en tu carpeta los versos en los que Fierro se muestra como:
 - un hombre avejentado;
 - un hombre imprudente y excitable;
 - una persona piadosa;
 - un padre orgulloso, y
 - un personaje popular.

RELACIONO E INTERPRETO

8. ¿Cuáles son los momentos de “El gaucho Martín Fierro” que rememora en el canto de “La vuelta...” que leíste?
9. Teniendo en cuenta los hechos narrados por Fierro en la primera parte, explicá el sentido de estas afirmaciones.
 - a) “Ansí me dejaba andar/ haciendo el chancho rengó,/ porque no me convenía/ revolver el avispero”;
 - b) “...los dos son aficionados,/ les gusta jugar con fuego;/ vamos a verlos correr,/ son cojos... hijos de rengó”.

10. Buscá y leé el canto VII de "El gaucho Martín Fierro"; luego compará los hechos ocurridos con el recuerdo que, en "La vuelta", Fierro tiene de ellos. Completá un cuadro como este.

	"El gaucho Martín Fierro"	"La vuelta"
Causas del duelo.		
Actitud del moreno.		
Responsabilidad de Fierro en la pelea.		
Atenuantes.		
Descripción del oponente según Fierro.		
Sentimientos de Fierro con relación a la muerte del moreno.		



Observación:

Para la consigna 10, necesitas el canto VII de El gaucho Martín Fierro. Si no tenés el libro o no podés descargarlo de internet, avísame y te lo mando.